

LA BODA INVEROSÍMIL

Mención:

Guillermo Claudio Durand Dávalos / Facultad de Medicina

Si, sí, eso es una arrogancia parecida a la blasfemia.
Arthur C. Clarke, *La Estrella*.

Leir-Bag se ciñó a la cintura el partenogenotrópico y descendió cautelosamente de su nave. No estaba seguro de haber aterrizado sin ser visto. El tripulante encargado del detector de humanos no pudo rendirle un informe preciso; la pantalla del aparato había registrado una interferencia causada por una banda de mandriles que pululaba en las cercanías y era imposible afirmar que no había seres humanos en los alrededores. Las ondas emitidas por los antropoides se parecen mucho a las de los hombres. Las confusiones son frecuentes por este motivo. No obstante, Leir-Bag decidió salir. El tiempo apremiaba. La ovulación era inaplazable.

Se cercioró de llevar bien sujetos los pesados zapatos que le permitirían caminar sobre la Tierra y saltó al suelo. La escalerilla desapareció silenciosamente en la abertura del gigantesco plato, que apoyado en su trípode plegadizo, brillaba a la luz de la luna en la cumbre de una colina.

Leir-Bag hizo una señal y la nave empezó a hacerse invisible hasta desaparecer por completo. Permanecería ahí, aunque sin ser vista por nadie, hasta que Leir-Bag regresara una vez cumplida su misión.

Era la segunda vez que visitaba la Tierra; no hacía mucho tiempo que había andado por el mismo paraje. Entonces había tenido que encargarse de una anciana, usando una semilla ordinaria. Ahora sería diferente. En la recámara del partenogenotrópico, en espera de ser disparada, la diminuta cápsula albergaba un espermatozoide que había sido seleccionado cuidadosamente.

Leir-Bag pensaba. Tenía muchas dudas acerca del éxito del experimento. Durante el viaje había meditado largamente la orden que recibió de sus superiores. No era que le desagradara hacerlo, sino que, a su juicio, le parecía demasiado prematuro ocuparse de planetas que, como la Tierra, apenas empezaban a desarrollar la vida espiritual. Creía no sin cierto temor, que los humanos aún no eran capaces de apreciar la trascendencia benéfica del hecho que estaba a punto de desencadenarse.

Sonrió con tristeza, pero siguió adelante.

Después de todo, él no hacía sino cumplir una orden. Y la cumplía con gusto, porque confiaba en la inteligencia y en la bondad de sus jefes. No poseía todavía los conocimientos suficientes para valorar por sí mismo el

significado global de los trabajos que realizaba el gobierno de Osiarap-I, su galaxia de origen. Sólo sabía que eran para la difusión del bien y del amor. Recordaba que en la historia de Osiarap-I, millones de años atrás, habían ocurrido sucesos semejantes. Provenientes de lejanos y desconocidos lugares, seres extraños y bondadosos fueron a acabar con el mal entre sus antepasados. Ahora, el gobierno de Osiarap-I intentaba repetir algo parecido en los planetas de otras galaxias menos civilizadas. Transmitir aquel mensaje de paz era su primer deber para adorar a Dios.

Leir-Bag bajó de la colina y apresurando sus pasos tomó el sendero que conducía a la población. Hacía un poco de frío y se arropó lo mejor que pudo con el largo manto que cubría su traje sideral. Tenía que evitar que la gente advirtiese que era un extranjero. Su visita tenía que ser ignorada por completo.

Entró a la ciudad al despuntar el alba. El sol empezaba a aparecer sobre la engañosa soledad de la colina que estaba a sus espaldas. Las calles aún estaban vacías. Los humanos todavía dormían en aquellas casas de gruesas paredes y estrechas ventanas. Un perro, alarmado, ladró y corrió lejos de él con el pelo erizado. A la vuelta de una esquina encontró una pareja de mercaderes madrugadores que acumulaban cestos sobre la giba de sendos dromedarios y los saludó con un breve ademán.

Leir-Bag se detuvo, al fin, frente a la puerta de una modesta vivienda y llamó suavemente. Notó que estaba abierta, pero esperó a que contestaran su llamado. Nadie acudía y tocó de nuevo, con iguales resultados. Decidió entrar sin invitación; esto, incluso, favorecería sus planes. El interior de la casa estaba muy oscuro, mas no solitario. Intermitentes suspiros acusaban el sueño de alguien que descansaba. En el fondo de la habitación se abría una puerta hacia un jardín y Leir-Bag se encaminó allá.

En el jardín había flores, palomas y tranquilidad.

Además, una mujer.

Reclinada sobre la hierba se entretenía en arrojar pequeñas semillas a las palomas, cuyo murmullo contrapunteaba las palabras cariñosas que les dirigía. Era muy joven. Había amor en sus ojos y paz en su sonrisa. Era la elegida.

Al entrar Leir-Bag en el jardín la mujer alzó la vista y lo miró con sobresalto. Se puso de pie. Las palomas se agitaron y muchas emprendieron el vuelo.

La aparición de un extraño en su jardín era tan inesperada que la mujer no supo que decir; sólo se limitó a verlo, asombrada. No sintió miedo. La mirada del intruso era serena y ninguno de sus movimientos acusaba violencia.

Se estableció al instante un diálogo telepático entre ambos. La mente de la mujer era muy lúcida y los pensamientos se intercambiaron con gran fluidez. Tras saludarla, Leir-Bag le comunicó el mensaje de sus superiores. Lo hizo de la manera más simple, en el tono mágico con el que la mujer acostumbraba pensar cuando miraba al cielo para rezar.

Una vez hecha la proposición, Leir-Bag esperó la respuesta, contemplando el atónito rostro de la mujer. Estaba previsto que aceptaría, y así fue.

Leir-Bag se dispuso a consumir su misión. Indujo a la mujer a un profundo trance hipnótico, empuñó el partenogenotrópico y, apuntando cuidadosamente, disparó un rayo blanquecino hacia el vientre de la mujer. En

un instante, mientras aquel cuerpo adormecido se estremecía ligeramente, la cápsula espermatozoófora fue a alojarse en sus entrañas. Veintitrés poderosos cromosomas, portadores de genes cuidadosamente seleccionados, acudieron hacia su destino final. El matrimonio cósmico se había consumado.

* * *

Meses más tarde, todavía en la Tierra, Leir-Bag enfiló su nave hacia el Oriente para buscar a los testigos que certificarían el cumplimiento de su misión. Se llamaban Rap-Sag, Roh-Clem y Ras-Atlab. Eran tres científicos de Osiarap-I que habían venido a la Tierra para impulsar el desarrollo de las ciencias.

Rap-Sag, Roh-Clem y Ras-Atlab debían comprobar los resultados del trabajo de Leir-Bag con sus propios ojos, y le esperaban en los lejanos países donde residían. Leir-Bag se presentó a cada uno, los reunió y a bordo del plato volador les sirvió de guía, conduciéndolos al lugar de los hechos.

La marcha fue lenta, porque los tres científicos tuvieron que usar los primitivos medios de locomoción típicos de sus países, para no despertar sospechas a su llegada. Leir-Bag tuvo que reducir al mínimo la velocidad de su nave espacial, para indicarles desde poca altura el camino.

* * *

Aquel himen intacto se rompió desde dentro para dar salida a un ser extraordinario. Criatura híbrida, concentraba en su cuerpo de recién nacido carne humana y carne ultraterrena; alma mixta, compendia en su mente infantil la breve sabiduría de los hombres y el pensamiento cósmico, millones de años evolucionado, de los seres más adelantados de una galaxia lejana.

Lloraba como todos los de su edad. Lloraba de hambre y de frío, pero pronto un cálido seno le dio de comer y unas suaves manos lo abrigaron. Sin embargo, todavía rodaron unas lágrimas por sus mejillas, como amargo zumo del dolor que años más tarde sufriría: el dolor ocasionado por la ingratitud y la incompreensión de los humanos.

Pasaría sus primeros años en la Tierra y asombraría a los demás con sus conocimientos. Vendrían luego por él para llevarlo al planeta de su padre, allá en la galaxia de Osiarap-I, a estudiar lo que en el mundo de su madre todavía no era posible aprender. Allá fortalecería su voluntad para regresar más tarde a la Tierra y cumplir su misión. Dedicaría sus tres últimos años de vida terrestre a la enseñanza del amor. Sería perseguido hasta la muerte, y la destrucción que acaba a los cuerpos humanos lo dañaría también. Regaría con su sangre la simiente de paz que sembraría. No obstante, vencería a la muerte y regresaría triunfalmente a Osiarap-I, para cuidar desde allá su obra en la Tierra.

El niño miró a su alrededor. Todos le sonreían, hasta el hombre que acompañaba a su madre. Rap-Sag, Roh-Clem y Ras-Atlab lo veían complacidos, en tanto que Leir-Bag se alejaba en su nave a toda velocidad, dejando aquella noche una luminosa estela en el cielo de Belén.